

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 167.

Alicante 7 de Febrero de 1874.

Año V.

CONSIDERACIONES

sobre la decadencia de los países católicos y sobre la prosperidad de las naciones protestantes.

III.

Hemos visto en el precedente artículo la influencia que ejerce el principio cristiano en algunos países no católicos en lo general, y el aspecto que presentan sus costumbres á impulsos de este principio. En este sentido hemos llevado nuestras observaciones á la Alemania, Inglaterra y los Estados-Unidos.

Francia, por el contrario, se vé cada dia mas invadida por el escepticismo. La mayor parte de los hombres que por razon de su condicion social ó de su talento crean en esta nacion la opinion pública, han roto con las creencias religiosas. Los mas moderados son indiferentes, los mas violentos son hostiles. La prensa periódica y las producciones literarias propagan con un ardor apasionado esta hostilidad en medio de las masas populares. Muchos de los escritores y de los literatos, pega-

dos á los errores del siglo XVIII, defienden diariamente que la Religion es un obstáculo al progreso social, y que, léjos de moralizar al individuo, es para él un principio de degradacion.

Estas doctrinas inspiran á las clases ilustradas; apoyadas por la enseñanza de la Universidad del Estado, penetran cada dia mas profundamente en el seno de las nuevas generaciones, y, sobre todo, difundidas ilimitadamente entre las clases inferiores de la sociedad, distinguen de dia en dia en el corazon del pueblo las creencias religiosas, le arrastran al mas grosero materialismo, y producen por donde quiera, no solamente en los grandes centros, sino hasta en las mas pequeñas aldeas, el escepticismo y la depravacion de las costumbres.

Mas esta enfermedad de la duda y del sensualismo, que socava tan fuertemente en Francia los cimientos del órden social, se manifiesta por síntomas menos graves en los países protestantes; y puede decirse en cierto sentido, que han conservado mas del Catolicismo que la nacion vecina. ¿Deberá extrañarse en vista de esto, que no se ad-

viertan entre aquellos los males que destrozan y aniquilan á esta?

Por otra parte, ¿no es el Catolicismo el que en último resultado ha dado el ser á estas naciones hoy separadas de él? ¿Quién, sino, las ha creado, las ha elevado y hecho lo que hoy son más que la Iglesia, esta divina madre que después han desconocido? Muy fácil es probar esto con la historia en la mano.

La Inglaterra ¿fue acaso después de su cisma cuando fundó las instituciones á que debe la paz dentro de su libertad política, el honor dentro de la obediencia y la seguridad hasta en medio de la agitación? Nada menos que esto. La constitución inglesa, que es objeto de tanta admiración en nuestros días, tiene por base la célebre gran Carta obtenida del rey Juan por la santa liga de Esteban Langton con los Barones; y esta misma Carta se formó bajo la influencia de la Iglesia, porque no fue otra cosa que una rehabilitación de las leyes de San Eduardo confesor. El piadoso y noble hijo de Simon de Montfort fue quien convirtió la guerra de los Barones en una cruzada, y el que introdujo los diputados del pueblo en la primera asamblea política en 1258, que tomó el nombre, después tan glorioso entre los ingleses, de Parlamento británico.

En cuanto á la Alemania, todo el mundo sabe que fue San Bonifacio quien la civilizó, los monjes los

que la han cultivado, y los obispos los que, continuando la obra del gran misionero, la han redimido de la barbarie, la han constituido y hecho de ella un gran pueblo. No hablemos de Prusia, que ciertamente no es deudora de sus progresos á la reforma de Lutero, puesto que es evidente que su elevación rápida ha sido en gran parte obra de un hábil político y de un sabio táctico.

Por lo que toca á los Estados Unidos, el protestantismo no entra para nada en la fuerte y notable constitución que les rige. Por consiguiente, no hay por qué gloriarse de la prosperidad y de la grandeza de las naciones que le obedecen; por el contrario, sólo á la Iglesia pertenece el derecho de reivindicar como obra suya los elementos saludables, vivificantes y civilizadores que existen en todos estos países.

Conviene, por lo demás, tener mucho cuidado en no alabar en demasía á los pueblos protestantes, porque ese esplendor y ese brillo superficial con que deslumbran nuestra vista, esconden tras de ellos tristes cosas y horribles espectáculos. Así, por ejemplo, causan grande admiración las maravillas de la industria que encierra la Gran Bretaña; se envidia la calma profunda y la prosperidad excepcional de que ella goza, y hasta escandaliza el no encontrar en los países católicos

iguales riquezas y opulencia. No se distinguen en estos las maravillas que produce la fé, y no se advierte cómo, al lado del lujo que ostenta una aristocracia orgullosa, hay en la condicion física y moral del pueblo inglés miserias afrentosas y duros sufrimientos; cómo al lado de magníficos palacios y de suntuosas habitaciones existen miserables viviendas, verdaderas guaridas sin aire y sin sol, en donde millares de desgraciados consumen los dias ateridos de frio y mueren de hambre.

En España, por el contrario, en esta nacion que se considera desfallecida no se encuentra ninguna de esas monstruosas desigualdades; el pobre aquí no se vé despreciado ni desamparado por el rico. No se encuentra aquí ese contraste vergonzoso de la suma pobreza con la opulencia estremada, como existe en el seno de la rica Albion; no se vé aquí al lado de arrogantes galas á una multitud de personas escuálidas de hambre y reducidas á la mas repugnante abyeccion. El pueblo se puede llamar dichoso en este sentido, y los pobres pueden considerarse relativamente ricos. Es un hecho atestiguado por todos los que han visitado nuestro pais, que no hay otro en Europa en donde se practique mejor la caridad, en donde el indigente sea mejor socorrido y donde sea mas respetada la dignidad del hombre. Así lo consignan Mr. A. Nicolás, Mgr. Deschamps y otros escritores.

¿Cuál es la causa de esta diferencia? La causa estriba en que donde el Catolicismo no existe puede muy bien haber una activa produccion, un gran comercio y una industria inmensamente desarrollada, pero allí no existe la caridad; allí solo existen el mas refinado egoismo y concupiscencias insaciabiles. El Catolicismo, por lo mismo que eleva nuestros pensamientos y nuestras aspiraciones, nuestro espíritu y nuestro corazon á un orden de cosas superior, estimula menos exclusivamente el progreso material; pero tambien en donde él impera realmente comunica mas fuerza y elevacion á las almas, mas abnegacion, mas desinterés, y por consecuencia existe una distribución mas equitativa de los bienes de este mundo.

La Inglaterra, precisamente por no ser católica, abriga en su seno tanto desgraciado y tanto pobre, que todos los años se vé en la necesidad de hacer emigrar ó perecer á las muchedumbres obreras agitadas y privadas de alimento. Precisamente por no ser católica, la miseria del pueblo crece sin cesar con la grandeza misma de la nacion, como dice el abate Corbière, y cuenta en su seno tanto descontento que la amenazan con crearle tempestades. En Prusia nadie de nosotros ignora en que estado se halla el pueblo, á qué grado de pobreza está reducido y con qué dureza le abandonan los ricos y los poderosos.

Después de esto, ¿qué es lo que principalmente y sobre todo constituye la verdadera civilización sino las grandes ideas, los instintos generosos y los nobles sentimientos? Una nación tiene tantos más títulos á la admiración y al aprecio de las demás, cuanto sus habitantes son más capaces de entusiasmo y de nobles acciones, y cuanto más se vé en ella de desinterés, de energía, de constancia, de elevación en los pensamientos y de generosidad en los corazones. Bajo de este concepto los países católicos son ciertamente muy superiores á los que no lo son. Que se compare, por ejemplo, bajo este punto de vista, la Inglaterra protestante con la Francia católica. La Francia es una nación llena de generosidad y de suyo obsequiosa: desde el momento en que una causa justa implora su auxilio, ella acude precipitadamente; desde el momento en que se le presenta un derecho oprimido que vengar, un compromiso que cumplir, un gran principio que defender, al punto, sin pararse en dificultades, ofrece su oro con prodigalidad y derrama su sangre.

No obra así ciertamente la avara é interesada Inglaterra: ella especula y trafica con todo; el interés y el ansia del lucro son los móviles que la hacen obrar; jamás deja, antes de acometer una empresa, de calcular las sumas que pueda ganar, y se guarda bien de sacrificar, como la Francia, la vida y el dinero á la justicia ó á la gloria. ¿Puede

en verdad llamarse grande semejante pueblo, y se puede dudar que la Francia, por muy decaída que esté de su antiguo esplendor, vale cien veces más, cabalmente por esa noble locura de su desprendimiento, del que nada es bastante á corregirla ó curarla?

¿Hubiera podido jamás la Francia, como la Inglaterra, tener durante tres siglos bajo un yugo de hierro la Irlanda y las Indias? lo hubiera pensado jamás? lo hubiera querido jamás? se hubiera atrevido nunca á imponer á un pueblo vencido condiciones tan duras y tan humillantes como las que impuso la Prusia protestante á la católica Francia, exigiéndola tan enormes cantidades después de haber sacado tan inmenso botín? De ningún modo, porque el Catolicismo le ha dado un carácter magnánimo y una verdadera civilización, y porque los pueblos capaces de tales bajezas no son dignos de ser llamados pueblos civilizados.



¡¡MARÍA!!

Suspiros del querube
Tu nombre me enseñaron,
Y en la flotante nube
Tu bella faz miré;
Las brisas lo cantaron
Con dulce voz secreta,
Y el arpa del poeta
Con tierno amor pulsé.

Ante tu altar de hinojos
Bajé la altiva frente,
Y al cielo alzé los ojos
Sediento de tu amor,
Y en el sereno Oriente
Adiviné tu huella,
Cuando la aurora bella
Le dió su resplandor.

Ví en el flotante velo
Tu manto soberano,
Vi en el azul del cielo
Tú cándido mirar,
Y con inquieta mano
Pulsé la lira en tanto,
Y tu escuchaste el canto
Que dije ante el altar.

Soñando en tu morada,
Te vi del sol vestida,
De estrellas coronada
Y hermosa en tu esbeltez,
Te vi triste, afligida,
Y que tus negros ojos
Llanto brotaban rojos
Por nuestro amor tal vez.

Con duelos mil prolijos
Tus hijos te han burlado,
Y Madre de tus hijos
Tu lloras por su amor;
Bebieron del pecado
La copa de hiel llena,
Y en el festin resuena
Su canto burlador.

Desierta es la capilla
Donde tu imágen vela,
Y moribunda brilla
La vacilante luz;
Ni un canto te consuela,
Ni con afan de calma

Miras creyente un alma
Que ruegue ante la Cruz.

Del templo á los dinteles
La voz del mundo llega,
Que ciñe de laureles
Su ensangrentada sien;
Mas nadie á tu amor ruega,
Y en delirar profundo,
Sangre vertiendo el mundo
Busca sin tí el Eden.

Sin Tí, Vírgen María,
El cielo se nos veda;
Sin Tí la luz del dia
Es sombra de afliccion;
Ya ni un consuelo queda;
Oye mi afan prolijo,
Oye la voz de un hijo
Que pide tu perdon.

Mira con cuanto duelo
Lloran tus hijos fieles,
Porque nublado el cielo
De tus bondades ven;
Porque al beber de hieles
La copa de sus penas,
Del vicio entre cadenas
Suspirarán tambien.

Torna tus dulces ojos
Hácia la pátria mia,
Que hoy miran con enojos
Los ojos del Señor;
Contempla su agonía,
Sus duelos mil prolijos,
Y el llanto de sus hijos,
Y penas, y tristor.

Sus duelos y su llanto
Vuelen á tu morada;
Las notas de mi canto

Vuelen allí también;
Y que despierte osada
La noble pátria mia,
Cual despertó en Pavia,
Y en Méjico y Bailen.

Contéuplela la tierra
Cristiana y religiosa,
Y al cántico de guerra
Que un tiempo la inspiró,
Despierte poderosa
Al viento dando osada
La enseña que en Granada
Nuestra Isabel clavó.

Y ufana en su creencia
Que descendió del cielo,
Ofrezca su existencia
Llorosa ante el altar,
Y evoque hoy en su anhelo
Y en su virtud gozosa,
La fé de Zaragoza,
La voz de Trafalgar.

Bendícenos María;
Tu bendición imploro
Para la pátria mia
Que tanto te adoró;
Mi pobre lira de oro
Te ofrece mi pobreza,
¡No tengo más grandeza
Para ofrecerte yo!

Juan B. Pastor Aicart.

CRÓNICA.

Hace pocos días celebró su asamblea anual la *Liga de San Sebastian*, asociación inglesa en que figuran en primer término los antiguos soldados del Papa, los valientes zuavos pontificios.

El Arzobispo de Westminster que asistía en unión de otros personajes, dirigió á la asamblea una brillante improvisación acerca del interés con que las naciones miran hoy el asunto triste, aunque inevitable, de la sucesión de Pío IX. Recordó el dicho de un diplomático que, consultado hace diez años sobre los medios de asegurar la sucesión pontificia, contestó que esta no debía inspirar cuidado; «pues aunque solo hubiera en el mundo tres capuchinos, uno de ellos sería elegido Papa.»

Prosiguió hablando de tan importante cuestión, y señaló una circunstancia consoladora aun en medio de tantos males, y es la decisión y energía que en todos los pueblos se van levantando contra la impiedad y las revoluciones, por más que Pío IX siga aun prisionero de una partida de «filibusteros revolucionarios,» y á pesar de que la revolución no está hoy, como en 1848, en las calles, sino en los tronos mismos. El eminente Prelado aseguró que era inminente una guerra continental que no tendrá ejemplo en la historia, en la que la acción de las potencias católicas, dominando los proyectos de las potencias racionalistas é impías, concluirá por arrojar de Roma á los verdugos del Papa, cuyo poder quedará restablecido para siempre.

Para tal ocasión confía Monseñor en que verá lucir de nuevo el uniforme gris de los zuavos pontificios, miembros hoy de la *Liga de San Sebastian*, á la que se dirige.

Al terminar su discurso, declaró Monseñor Manning, que los católicos del Reino Unido son los más afectos á la Santa Sede, sus súbditos más «ultramonta-

nos, y que no faltarán en su puesto el día de las obras, á que concurrirán con el sentimiento más vivo de decisión y sacrificio.

La reunion tomó diferentes acuerdos para la propaganda católica y para la creación de secciones en los distritos de Londres. También se acordó proteger al órgano de la Liga el periódico *The Crusader* (*El Cruzado*). Durante el *meeting*, se recibieron despachos de felicitación de las secciones de Edimburgo y Dublin, que también se habían reunido en el mismo día.

El telégrafo nos daba ayer cuenta del *meeting* celebrado en Birmingham por los católicos para protestar contra el otro celebrado por varios inocentes protestantes en honor de la política prusiana. Pronto podremos dar noticias y pormenores de tan notable suceso.

El diario católico *Vaterland* de Munich, anuncia que el Cardenal Antonelli ha enviado una circular á todos los Nuncios, en la cual declara que la Bula publicada por *La Gaceta de Colonia* es falsa.

Entre los candidatos que votarán los habitantes de la Alsacia para la Cámara alemana, se encuentran el Obispo de Strasburgo, los Curas párrocos de Molsheim, de Nef-Brisach y de Molhouse, el superior de los religiosos de Nicderbroun y el ex-superior del Seminario de Fillsheim.

Es de creer que todos estos candidatos alcancen el triunfo, con lo cual que-

dará reforzada la numerosa oposición católica que hoy se opone valerosamente á los proyectos de Bismark.

Discúrrese mucho en Berlin, y en general en toda Alemania, por saber la actitud que tomará el príncipe imperial prusiano en la política seguida por el canciller Bismark en contra de la Iglesia católica, el día en que sea llamado á regir los destinos de Alemania. El último año, cartas y periódicos de este punto delineaban ya de una manera muy marcada las disposiciones del príncipe Fritz, contrario á las medidas violentas de que está haciendo uso el jefe del Gobierno alemán. No hace muchos días, *Le Monde* publicó una carta de Berlin, en la cual se aseguraba que el príncipe se ha negado á aceptar la participación del poder que se le ofrecía, para conservar su libertad de acción y no comprometerse para el porvenir. El príncipe heredero y su mujer son protestantes; pero no gustan de colocarse frente á frente de la Iglesia católica, favoreciendo un régimen de persecución. No quiere esto decir que la Iglesia puede esperar mucho de estos príncipes; pero si la razón y la justicia de los derechos del Catolicismo no son bastantes á impedir que continúe la política del príncipe Bismark, hay, á juicio de algunos hombres políticos alemanes, razones de gran peso que producirán un cambio bonancible el día en que se vean elevados al trono. En diferentes ocasiones ha declarado el príncipe Fritz, que desaprobaba todas las medidas que turbasen la paz del país, y que desearía sin vacilar, cuando fuera poder, todo

lo que tendiese á inquietar la conciencia de sus súbditos, siendo su programa vivir en paz con su pueblo.

El príncipe heredero conoce todo lo que pasa; no contentándose con los informes oficiales, lee los periódicos diariamente, no perdonando un solo día *La Germania* ni la *Gaceta del Pueblo*, de Colonia, y no ignora que en Prusia no será posible la paz mientras que la lucha actual revista el carácter religioso que hoy tiene. También se supone en los círculos bien informados que no marchará por los caminos que hoy sigue el conde de Bismarck, por mas que pretendan otra cosa los periódicos subvencionados por este.

Esta actitud hace que muchos se dirijan estas preguntas: ¿Qué hará el canciller si algún día otro soberano que no sea el viejo Guillermo le ordena cesar la lucha con Roma? ¿Se someterá y destruirá su propia obra? ¿Preferirá retirarse á su soledad de Varsin? Es poco probable que acepte el primer papel, y casi seguro que siga el segundo, aun sin que se lo indiquen, el día que sustituya otro soberano al que actualmente reina en Prusia.

Le Monde, haciéndose cargo de todo esto, afirma con referencia á noticias de Alemania, que esta opinion sirve de regla de conducta á todos los amigos que adoran á los que se levantan, los cuales tienen buen cuidado de hacer constar su no conformidad con la política del canciller. Esto se observa hasta entre los mismos colegas de Bismarck, que aceptarían de buena gana un *modus vivendi* con Roma que hiciese más pacífica su situación.

Por otra parte, el príncipe imperial es muy aficionado á los nombres antiguos, y es casi seguro que elegirá sus ministros entre los nombres de las antiguas familias aristocráticas. No es pues muy arriesgado predecir, que no está muy lejano el día en que se verifique un cambio radical en la política del imperio de Alemania, tan enemigo hoy de la Iglesia de Jesucristo.

Segun un telégrama de Lucerna recibido por el *Monde*, el Nuncio retiró el día 26 el escudo pontificio de la casa que habitaba. Asimismo dice que los gobiernos de los cantones católicos desapruaban la supresion de la nunciatura.

En cambio el gobierno federal se propone perseguir «á los autores de manobras clericales,» (noticia y estilo de la *Agencia Fabra*.)

El Gobierno suizo se propone, sin duda, apresar en masa á todos los católicos del Jura Bernes. Pasan de 300 los Sacerdotes, mujeres, niños y hombres que en dicho territorio habia presos el día 26 de Enero.

Ochenta y dos años de edad contaba el venerable Hermano Felipe, superior general de las Escuelas cristianas, cuya muerte nos ha anunciado el telégrafo, y desempeñaba tan alto cargo hacia treinta y seis. Sesenta y cinco llevaba cubierto con el santo hábito, habiendo sido su vida un modelo de virtud.

VARIEDADES.

DOCUMENTOS HISTÓRICOS

SOBRE EL PRINCIPIO Y EL FIN DE LA COMMUNE,

por el Pbro. M. Lamazon.

Traducción de D. Carlos María Perier.

CONTINUACION.

Entre los seculares noté un semblante que me era conocido; y preguntando su nombre, supe que era un valeroso é inteligente comisario de policía, que en Enero de 1864 fué á hacer una visita domiciliaria en mi casa y á ocupar mis papeles, á causa de mi adhesión á las candidaturas independientes y de mi oposición á imprudentes actos de gobierno, que arrastraron el imperio á un abismo, y amenazaban ahora sumergir en otro de sangre y ruinas al infortunado Paris. ¡Capricho extraño de la suerte! Nuestros opuestos trabajos habiánnos conducido á un destino común y para ambos inesperado. A no haber temido despertar en su alma un penoso recuerdo, habíale ofrecido la completa seguridad de mi olvido y de mi afecto.

En los últimos momentos de nuestro recreo saltó en pedazos una piedra de la pared junto á la cual nos paseábamos, herida por una granada de la batería del cementerio del Padre Lachaise; y esto que en otro tiempo nos hubiera hecho huír y temblar, ahora ni siquiera nos llamó la atención. Nos separamos diciendo: «hasta la otra vista, *aquí abajo*, ó *allá arriba*;» ¡ignorábamos en dónde se había de verificar!

Notamos por la noche que nuevos incendios iluminaban á Paris, y se nos dijo que los insurrectos entregaban á las llamas todos los monumentos de los barrios de que eran rechazados por el ejército de Versalles: entonces mi corazón, herido y exasperado por tal barbarie, quitó el freno á mi lengua, y olvidando los peligros que me amagaban, desatela en amargas quejas ante mis compañeros, que en vano procuraban calmarme. ¡A los séres del petróleo, del pícrato y de la glicerina, soy deudor de los únicos accesos de irritación y flaqueza que experimenté en mi cautiverio!

En el patio de la Roquette habían fusilado por la mañana á Mr. Jecker, famoso banquero de Méjico, y por la noche fué fusilado contra la pared del recinto un guardia nacional desafecto á la *Commune*; y yo, que en cierto modo concebía esta ejecución última, no pude comprender la de Mr. Jecker, ni darle otra explicación que la lúgubre explicación siguiente: ¡no vivimos en la tierra, sino en un verdadero infierno!

A las ocho de la mañana siguiente hizonos señal un carcelero al presbítero Amodrú y á mí para bajar á ser fusilados. *Finitum est!* ¡todo se acabó! me dijo mi buen vecino; y al punto nos arrodillamos, y á través de la ventana que daba luz á nuestros dos calabozos nos dimos la absolución el uno al otro.

Los otros presos, que comprendieron la señal del carcelero, llenos de curiosidad, nos miraban desde sus respectivas celdas; ¡y reíanse los mas cínicos de aquellas oraciones sagradas, que en el momento de ir á presentarnos á Dios elevábamos al cielo! Tomé mi vestidura

eclesiástica, escribí algunas líneas de despedida á mis parientes, amigos y colegas, recité con mi breviario ante los ojos las oraciones de los agonizantes, y despues de media hora en esta situacion suprema, supe que se habian equivocado: en vez de llevar á Mr. Amodrú y á mí para presentarnos ante los verdugos de la *Commune*, era á dos presos seculares á quienes se iba á conducir ante el tribunal marcial. Exceptuando la apariencia de un juicio, el resultado habia de ser el mismo.

Llegué á saber por la tarde, segun informe de un oficial y algunos alguaciles de la ciudad, que mas de una vez los agentes de la *Commune* se habian entretenido en anunciarles que iban á ser fusilados, y algunos minutos despues les añadian con sonrisa maliciosa que se suspendia la ejecucion hasta el dia siguiente. Tambien me aseguraron que por órden de la *Commune*, el jueves por la noche debia haberse verificado la matanza general de los rehenes; y que aplazada para uno de los siguientes dias, no pudo consumarse por no haber á mano número bastante de insurrectos aptos para semejante tarea, y porque los otros detenidos en la cárcel se habian negado á suplir aquella falta; y en fin, que algunos de aquellos bandidos querian prender fuego á nuestra prision ó hacerla volar con materias explosivas. Aunque la triste realidad de los ocho últimos dias pasaba mas allá de lo que pudiera concebir la imaginacion mas avanzada, sin embargo, yo no podia creer en la verdad de tantas iniquidades juntas; y fué menester que asistiese durante cuarenta y ocho horas más á un principio de

realizacion de los mas espantosos proyectos de incendio y matanza, para convencerme de que bajo el régimen de la *Commune* quedaban sobrepasados los límites que la historia humana habia señalado hasta entonces á la locura y al crimen.

Una parte de aquella noche la pasé en mirar los incendios. Todo el horizonte parecía de fuego por el lado de Bercy; alentada por el crecimiento de las llamas, la batería del cementerio del Padre Lachaise redoblaba la frecuencia y furor de sus disparos; retumbaba el estrépido del cañon y de las descargas de fusileria por el lado de Montmartre y del Hotel de Ville á un mismo tiempo; y yo me preguntaba si por ventura estaba despierto ó me hallaba sometido á la influencia de una horrible pesadilla, no permitiéndome el entero abatimiento en que cayeron mis fuerzas resolver del todo aquella angustiosa duda. De estas sensaciones extraordinarias participaban mis compañeros de cautiverio.

Lorenzo, uno de los detenidos, empleado subalterno de la cárcel, vino á visitarnos á mi vecino y á mí el viernes por la mañana. Como nos habia inspirado alguna confianza, y yo habia recibido un anticipo de dinero, así por hacer una buena obra como por mostrar gratitud á ciertos buenos servicios ofrecidos que siempre quedaban en proyecto, le dábamos dos ó tres francos todos los dias; pero no era menester grande astucia para descubrir en su fondo un cómplice y espía de la *Commune*, que demostraba su idea de nuestro candor y sencillez en la inequívoca manera con que trataba de consolarnos, describiendo á nuestros ojos

los adelantos del ejército de Versalles. Con ese tono á la vez cortés y bellaco, privilegio especial del tipo parisiense, nos decia al vernos mas tristes y reservados desde la catástrofe del viernes: ¿Porventura es que han creido Vds. las absurdas mentiras que han corrido acerca de la muerte del arzobispo de Paris y del cura de la Magdalena? ¡Qué disparate! Si eso es que algunos guardias nacionales beodos se entretuvieron en descargar sus armas contra el muro de la prision. ¡Yo aseguro á Vds. que á nadie se ha fusilado! Y á renglon seguido, sabiendo que ibamos á sufrir la misma suerte al cabo de algunas horas, se afanaba en proponer á los presos eclesiásticos que habitaban en nuestro piso, una rifa que, segun sus astutos cálculos, debia darle mucha ganancia, sin llegarle á privar siquiera del objeto artístico que se vanagloriaba de haber fabricado. Preciso era desde ocho dias antes devorar en silencio nuevas humillaciones que venian á revelarme bajo un nuevo aspecto lo miserable de la naturaleza humana; pero aquella única proposicion fué con dignidad desechada, conviniendo, sin embargo, de comun acuerdo, en seguirle dando nuestra gratificacion cotidiana por gratitud á servicios, prometidos siempre y nunca dispensados. Este mal empleado, al bajar de nuestro departamento, trasladábase al punto á las oficinas para dar cuenta de lo que habia visto ú oido ó sospechado; por manera que no teniamos que luchar sólo con la ferocidad, sino tambien con la doblez y la perfidia.

Estando resuelto en los planes de la *Commune* que ninguno de los rehenes se librara de la muerte, el primer objeto

que hirió mi vista en las oficinas de la Roquette el domingo siguiente, fué la lista de sus nombres, en la cual con una raya encarnada horizontal se habian señalado los de aquellos á quienes se habia de fusilar; y verificada la ejecucion añábase una raya vertical que formaba una cruz con la primera. Pues bien, á todos los nombres precedia la raya horizontal y, si no me engaña la memoria, en las ejecuciones se habia observado el orden sucesivo de aquella lista.

Tres granadas lanzadas por la bateria del cementerio atravesaron, á eso de las dos, el techo de la prision, á algunos metros sobre nuestras cabezas, haciendo volar por el patio las tejas y piedras de las chimeneas; y protestando algunos presos contra el inminente desastre que en los cerrados calabozos les aguardaba, lograron que se les abrieran las puertas; mientras que absortos otros en la oracion, y mas ocupados con las cosas de la eternidad que con las del tiempo, ni se apercibieron siquiera de tan ruidoso accidente.

A las cuatro y media, la cantinera de la Roquette, llamada Rigulot, preséntase á la entrada de mi calabozo; y dudoso al principio de sus sentimientos hácia nosotros, llamábame la atencion tan solo su rostro vivaz y su extremada gordura. Su ánimo, sin embargo, era servirnos con lealtad, quejándose de no hallar ya ningun artículo de venta fuera de la prision y no pudiendo proporcionarme lo único que yo pedia, á saber: un poco de café, aunque fuese malo. Agradecido á su buena voluntad, le deslizaba en la mano siempre que á mi puerta llamaba, generosa remuneracion, que hacia brillar en

su rostro un rayo de agradecimiento, y en el de los malos guardianes que habrían querido recibirlo todo, un aire de sobreexcitado y falso celo. La cantinera en este día estaba más preocupada que en los demás; y al irse, apretándose fuertemente la mano y bajando sus ojos para ocultar las lágrimas que no podía contener, me dijo como estremecida y llena de espanto: «¡Adios; tened buen ánimo!» Comprendiendo por entero el significado de tan lúgubre despedida, dije en mi interior: «Esta es la vez última que hablo á la cantinera; solo breves horas, tal vez minutos, me restan de vida.» Pero á medida que me iba encontrando más abandonado de los hombres, ponía más en Dios mi confianza.

Indicio de los rápidos progresos de las tropas de Versalles eran los proyectiles que estallaban sobre nuestra prision; mas por lo mismo era nuestra situacion más perpleja, más angustiosa é intolerable. No era dable esperar nuestra salvacion sino del ejército, y no podiamos menos de ansiar con avidez su triunfo, pensando en nuestro propio interés, en el general del pais y en el de la civilizacion; pero á la vez era evidente, evidentísimo, que cuanto mas se acercaban á nosotros las fuerzas protectoras, mas inminente era nuestro exterminio; por manera que la misma perspectiva de nuestra esperanza era á la vez nuncio presuroso de nuestra ruina. ¿Se comprende agonía más terrible y agitada?... A no ser sostenidos en una region superior á nuestro infortunio por los consuelos inagotables de la religion, nos habriamos visto condenados á los horrores indecibles de un infierno anticipado. Compréndese en tan crueles

horas la palabra del Hombre-Dios en el huerto de Getsemani, y en la cruz del Gólgota, al apurar hasta las heces el cáliz de todos los dolores, de todas las angustias, de todas las humillaciones, para santificarlas y enseñarnos á santificarlas á nosotros. «¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿por qué me habeis abandonado?» decia aquella palabra; pero despues viene otra palabra que para el cristiano es inseparable de la primera, que aleja todo decaimiento moral y que anuncia el brillante y valeroso triunfo del espiritu: «¡Dios mio! ¡en vuestras manos entrego mi alma!»

(Se continuará.)

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial á las nueve y media misa conventual con sermón que predicará el Dr. D. Casiano Quilez, canónigo magistral. En las Agustinas, último día de las cuarenta horas, predicará por la tarde D. José Baeza, beneficiado de la Colegial.

Lunes, Mártes y Miércoles.—En las Capuchinas se celebra el triduo con misa cantada á las ocho, estando espuesta su Divina Magestad, y por la tarde á las cuatro, estacion al Smo. Sacramento, meditacion, sermón, trisagio, letania y reserva con bendicion el último día. Los oradores serán por su órden, D. Vicente Morell, D. José Carratalá, y el mencionado D. José Baeza.

Jueves, Viernes y Sábado.—En Santa María se celebra el triduo con Misa por la mañana á las nueve y cuarto, y por la tarde á las tres y cuarto vísperas y completas, meditacion, sermón que dirán por su órden D. Rafael Amat, presbítero, D. Joaquin García, cura ecónomo de la misma, y D. Francisco J. Guimben, vicario de la Virgen de Gracia, letania y reserva. En el último día se dará la bendicion con el Smo. Sacramento.

En las demás Iglesias los oficios de costumbre.